

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Cada 10 núms. quincenales, 1 pta. al mes

*«Esti prece to os doy: Jimaos
los unos a los otros como Yo os he
amado.»*

(«esucristo a sus discipulos.»)

DIRECCION Y ADMINISTRACIÓN:
Calle de Casimiro Velasco, 33, 2.º dcha.

San José, padre de los pobres

I.

Trabajo le costaba al sacristán contener el empuje de aquella ola que pugnaba por invadir las naves del majestuoso templo.

—Señores,—les repetía con mesura y afabilidad, dignas de un príncipe cristiano, celoso de la casa del Señor—; tengan ustedes un poco de paciencia, que no ha de faltarles sitio.

Y con los brazos puestos en cruz, como dique de contención para contrarrestar el furibundo empuje, se interpuso entre el portalón y la cancela.

La imagen del Patriarca San José, con el niño Jesús en los brazos, se destacaba en medio de su altar, iluminado profusamente.

Abriéndose paso entre la devota multitud, salió de la sacristía un sacerdote, precedido de un «acólito de honor», último vástago de los piadosísimos marqueses del Tronco, cuya devoción al santo Patriarca fué proverbial en las tierras de su señorío.

Subió al púlpito el sacerdote acompañado del aristocrático monaguillo, y con voz hermosamente abaritonada y en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, dió principio a la Novena de San José.

—¿Cuándo acabará la Novena?—preguntó «soto voce», al hijo del alcalde un moletudo chicuelo.

—Endimpués que baje este señor cura tié que subir otro pa perdicar, y dimpués los gozos. Conque miá tú...

—¿Pa perdicar?—repuso, asombrado el de los moletos—. ¡Tirria les hi cogio a los sermones dende que tanto se perdican en mi casuca!

Iba a proseguir; mas un respetable caballero con gafas de oro, que lucía en su pecho la venera de santiaguista, se volvió hacia los dos chicos y les dió con las pupilas un par de bofetones en medio de la cara. ¡Aprendieran de una vez a comportarse en el templo!...

Afortunadamente la Novena tuvo fin; y después que el orador se paseó por las nubes, comenzó el órgano a preludiar los gozos que eran el encanto de la gente menuda. Ni uno quedó en la iglesia que no cantase, puesto su corazón en los labios:

Oh! José, virgen esposo
de la Reina celestial!
A tu amparo poderoso
se acoge el triste mortal...

Deprecación piadosísima que debió de subir al cielo como las oraciones de los jus-

tos y bajar de nuevo a la tierra resuelta en lluvia de bendiciones!... Sólo Tomásín, para quien era nueva la canturia y que, gracias a su buen oído musical, la cogió al vuelo, introdujo con la más buena fe, aquello de:

¡Oh José, virgen esposo
de la Reina celestial!
Haz que a Jenaro el jiboso
le coja un municipal.

—¿Que quién era Tomásín?—El niño más resalado que puede imaginarse, y a la vez un alma de oro puro con algunas incrustacioncillas de pilluelo...

Los días que repicaban gordo le ponía su madre unos zapatos muy traídos, con luces a los cuatro puntos cardinales; fuera de eso no llevaba la criatura otro calzado que el que trajo al venir al mundo.

Era muy conciliador y amigo de zurcir voluntades; por lo cual, si veía a dos compañeros empeñados en alguna lid, allá se presentaba el chiquillo a unirlos con un abrazo; aunque no pocas veces, por estas negociaciones diplomáticas, le propinaban los litigantes algunos coscorrones.

Jugando y travesando en la escuela, aprendió el despierto rapaz a leer y a escribir como por arte de birlibirloque. Hacía no muy bien lo primero y bastante mal lo segundo: pero en fin, no dejaba de maravillarse al dómine el entendimiento precoz de aquel muchacho, a quien ya le asomaban alas para volar como el cóndor sobre los picos de los Andes.

Cantaba, pues, Tomásín aquellos desatinos, envuelto de la cabeza a los pies, con el amplio ropón de la inocencia, como los serafines entonan el «Santo, Santo» en las mansiones celestiales, y al repetir por segunda vez: «Haz que a Jenaro el jiboso—le coja un municipal», el aludido, no muy satisfecho de oír aquellos himnos en honor suyo, se le acercó por la espalda y ¡¡zas!! arrimó traidoramente a Tomásín un par de mojicones.

Quedóse hipando la pobre criatura y abrió de par en par aquellos hermosísimos luceros que plugo a Dios colocar en el frontispicio de su airosa personilla. ¡Imposible! Nunca supo Tomásín quién había sido el agresor.

Se acabó la estrofa y Tomásín, ya rehecho, asíóse fuertemente del coro, cantando con todos sus pulmones:

¡Oh José, virgen esposo
de la Reina celestial!
Haz que a Jenaro el jiboso
le coja un municipal.

—Y, por qué le había de coger un municipal?—Se preguntaba el inocente niño; —pues porque sí—contestábase al punto—; porque ese Jenaro a todos los pequeños nos sienta las costuras. ¡Cuidao! ¡Qué malo es ese chico! Yo ya le perdono, ya, pero...; y volvía a entonar al fin de las estrofas: *Haz que a Jenaro el jiboso—le coja un municipal*. ¡Si lo decía la gente!...

Acabóse el canto; salió el señor Cura para el oremus; apagó el sacristán las luces y en un periquete quedó la iglesia solitaria con la soledad pavorosa de una tumba. Sólo Tomásín permanecía en ella, a pesar del horror natural que inspiran a los niños las sombras fantásticas del santuario. Su abuelito le recomendó antes de morir, que todo se lo pidiera al excelso Patriarca.

Miró, pues, el niño en derredor suyo, y convencido de que nadie le observaba, sacó del bolsillo un papel con muchos garabatos, que, con permiso de Tomásín, vamos a descifrar y transcribir fielmente:

«Mi querido San José: Le esquivo pa decile que no teno vestio pa acer la primera comunión, poque mis pades son probes. Tamién quero una pelota como la de Ruperto el del sastre y libos pa estudiá, poque meguta mucho estudiá. Tamién quero una ecopeta y un sabel pa jugá a los soldaos y dimpués un rial pa compame calamelos. Espesiones al Niño Jesús, a la Vigen, a tos lo santos y ángeles y a mi aguelito y V. sabe que mucho le quiere su s. s. que b. s. m.

Tomás García.

Yo vivo en la caye de Quiñones, número 46 (guardilla), junto a la casa del tio Bartolo.»

Dobló después el pliego cuatro veces, lo ató con un hilo para asegurarle y... ¡aquí de los apuros! ¿Cómo lo haría llegar a las manos de San José? ¡Pues muy sencillo! Lo acomodó hábilmente en la caña que servía de apagaluces; encaramóse de un brinco sobre el altar y... ¡¡ajajá!! ya lo tenía San José en las manos. Puso después los deditos en capullo y le mandó un beso; un beso que era la abreviatura de todas las grandezas del alma de Tomásín.

Bajó con premura al oír las llaves de la iglesia y tropezó con Arturo, a quien dijo que se había quedado para rezar a San José; pero creyendo ser esto mentirijilla del muchacho, le regaló el sacristán gratuitamente un coscorrón y le puso en las puertas de la calle.

Tomásín soñó por la noche que San José

leía su carta y que inmediatamente se sentó a su escritorio para contestar a vuelta de correo.

II.

El tercer día de la Novena amaneció hosco y mal humorado, como el semblante de un niño después de una paliza.

Envuelto con abrigo de pieles caminaba en dirección a la parroquia el aristocrático señor de las gafas de oro, levantado hasta las orejas el cuello de su gabán para defender su cutis de las ráfagas del viento. Oyó misa y comulgó con la devoción de un cruzado, cerró devotamente los ojos como si entrase en meditación profunda.

Levantóse después con el recogimiento de un eremita; calzóse los guantes muy a lo señor y se dirigió presuroso al altar de San José. Díóle gracias muy rendidas por la milagrosa cura de la marquesa, favor especial del santo, y pedíale el modo de corresponder generosamente a merced tan señalada. Abierto el devocionario, empezó a recitar la consagración al bendito Patriarca, cuando... sin atinar cómo ni de dónde cayó entre los dedos del gran señor un papel atado con un hilo.

—¿Qué es esto?—preguntó instintivamente elevando los ojos a San José. Y parecióle que el Santo le contestaba: «Toma y lee; toma y lee.»

Así lo hizo: tomó y leyó... «No hay duda, repetía. El cumplimiento de estas peticiones, es el pago de la deuda que con él tengo», y levantándose con resolución, guardó el papel en su cartera.

El día 19, muy de mañana, le llegó un envoltorio a Tomasín, en esta forma dirigido: «Para Tomás García. De parte de San José.»

¡¡¡Santísima Trinidad!!! ¡Aquello fué el disloquel... Un vestido completo de primera comunión, blanco, con la blancura del alma del niño; una pelota, una escopeta, un sable, dulces, caramelos y en un sobre... ¡¡¡Un duro!!! ¿Un duro? ¡Si yo sólo pedía un rial;—y el chiquillo lloraba y reía todo a un tiempo, sin dar fe a sus mismos ojos...

—Pero... ¡si hay aquí una carta—exclamó el padre de Tomasín. Y enjugó dos lágrimas como el puño, con el dorso de la mano.

—¡¡¡Pues, es verdad!!!—repuso enternecida la pobre Antonia, alargándole a su marido un pliego de papel blasonado con una corona de marqués. Y con la voz trémula por los saltos que el corazón le daba, leyó el señor Efrén el siguiente contenido, con más tropezones que un aprendiz analfabeto: «Desde hoy se le pasarán cien pesetas mensuales en honor de San José. Esto, por ahora, y cuando Tomasín comience los estudios, su educación corre por nuestra cuenta. Desde entonces será la casa del novel estudiante el palacio de... y aquí la firma:

Los Marqueses del Ironco.

Marido y mujer se hartaron de llorar, escribiendo con sus lágrimas un poema de gratitud; y el ángel de la casa, desplegando majestuosamente sus alas, iba con sus vuelos y revuelos, de los juguetes a su madre; de su madre a los juguetes; de allí a los brazos del señor Efrén; en fin..., ¡¡locos de contentoll...

—¡¡Pero, Señor!!—exclamaba la pobre Antonia.—¡Si nos ha caído el gordo sin jugar a la lotería!

—¡Hoy mismo—proseguía su consorte, —hoy mismo tenemos que *dir a ca* el señor Marqués *pa* besar la tierra que pise.

¡Andal ponte lo mejor que tengas; procura que Tomasín vaya decentico y.... ¡pronto, que luego es tardel...

.....
¿Qué fué de Tomasín?

Tomasín llegó a ser ingeniero de minas, y después de carrera tan brillante, en la que nunca perdió el principio de la escuela, sintió que Dios le llamaba a la soledad del claustro, y allí, hombre eximio por su talento y sus virtudes, llegó a ser un celoso propagandista de la devoción al Patriarca San José.

Equis.

¡Señor!... ¡Señor!...

Ahora y siempre yo digo y prometo con nuestro inolvidable sabio y elocuente Vázquez Mella, adalid de primera fila en la causa católica:

Cuando las muchedumbres que redimiste de doble servidumbre, enloquecidas por el vino de la impiedad, te maldecían; cuando los sofistas se mofaban de Tí y te escarnecían saludándote con el *Ave Rex Judæorum*; cuando los perseguidores echaban suertes sobre tus vestiduras, y los escribas y los fariseos se concertaban para infamarte, y los cobardes pactaban con ellos, y discípulos pusilánimes te confesaban en silencio, ¡Señor, Tú bien lo sabes!, yo no te negué, y en horas muy amargas se levantó hasta Tí como una oración mi propia pesadumbre para decirte que sea tu Nombre el último que pronuncien mis labios, y que, cuando mi lengua quede muda, todavía con el postrer esfuerzo de mi brazo se alce mi pluma como una espada que te salude militarmente al rendirse a la muerte peleando por tu causa.

¡Jesús triunfa!

¿Quién lo duda? ¿Quién puede dudar?

¿Cuántos siglos hace que se pronunció el «*Reus est mortis*» sobre Jesús y que se ejecutó la sentencia?

¡Veinte!

Y ¿cuántos siglos hace que ese Jesús «ajusticiado vive» en el amor hasta el martirio de los unos y en el odio hasta la rabia diabólica de los otros?

¡Veinte!

Y ¿cuántos siglos doblándose rodillas y abriéndose bocas delante de los Sagrarios en donde sigue «viviendo» el condenado de la Cruz?

¡Veinte!

Veinte siglos de amores y de odios, de adoraciones y persecuciones, de agradecimientos e ingratitudes en torno de su Sagrario, ¿son trofeos de un triunfador o despojos de un derrotado?

† Manuel González, Obispo de Málaga.

«El liberalismo no ama más que una libertad, la de crucificar de nuevo a Jesucristo, porque es el libertador de los hombres». —Mella.

Ante la Cruz

FLECTE...

I

Pecador que en tus vicios obstinado, hastiado ya, más nunca arrepentido, no temes a tu Juez, tan ofendido que con razón, te ve siempre irritado.

Judas que no te miras ahorcado por la piedad del Justo que has vendido y le estampas un beso de bandido que él hubiera con lágrimas borrado...

De rodillas, traidor, piedad implora, no abuses de tu Juez porque te quiere... mírale envuelto en sangre redentora, suelta esa daga que a su Madre hierde ¿te reirás de una mujer que llora? ¿te mofarás de un Dios que amando muere?

SURGE...

II

Pecador que no lloras tu pecado, —aunque estás de tu vida arrepentido—, porque temes que un Dios tan ofendido te mire, con razón, siempre irritado.

Lázaro que te miras sepultado en el profundo sueño de tu olvido, vivo aún, pero oliendo a corrompido, muerto ya para ser resucitado...

Levántate del mal, perdón implora, no desesperes, ¡jamal, Dios te quiere... mira esa Cruz de sangre redentora, mira a María que el perdón requiere: ¡todo lo alcanza una mujer que llora, todo lo puede un Dios que de amor muere!

F. Saavedra L.

El pueblo judío

Complemento de todas las prevenciones y maldades fué la perfidia cometida por el pueblo judío rechazando al Mesías vaticinado por todos los profetas con todo género de detalles, siendo así que la razón de ser de aquel pueblo y de todos los prodigios obrados en él, no era otra que la de preparar la venida del Deseado.

Por más que la misericordia de Dios había venido triunfando de su justicia, perdonando todos los desvarios de su pueblo, llegó, al fin, la hora del castigo, y el pueblo hebreo fué reprobado y condenado a dispersarse por toda la tierra, *sin rey, sin príncipe, sin altar, sin efoz y sin «terrafin»*, según se expresa el profeta Oseas.

Tan al pie de la letra como se cumplieron los vaticinios de los profetas con relación a la venida, vida y muerte del Salvador, se están verificando hace casi dos mil años, las que se referían al castigo del pueblo deicida.

Aquel venga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos, bien se está cumpliendo desde las ruinas del templo y de la ciudad de los llantos de Jeremías y del mismo Salvador cuando decía a los hijos de Jerusalén que no lloraran por El, sino por sus hijos.

No reconoce otro caso semejante la historia de la humanidad entera cual es la dispersión del pueblo judío sin poderse congregar ni formar Estado, y además viéndose odiado de todos los pueblos cristianos y no cristianos, de

los judíos dispersos por el mundo. Y es natural que así suceda, porque su código religioso y civil, contenido en el Talmud, es de la condición que para ellos, los cristianos, han de ser malditos tres veces al día, pidiendo a Dios que les confunda y extermine con sus reyes.

En otro lugar dice el Talmud que si un judío ve a un cristiano al borde de un precipicio, está obligado a precipitarlo enseguida. Un cristiano, según el Talmud, debe ser equiparado a los gentiles, y sabido es lo que esto significaba para los judíos.

Esto, con todo el contenido de su código, es tan tremendamente horripilante, que puede ya darnos alguna explicación del por qué de esa repulsa de todos los pueblos a la raza casta judía. Pero ¿qué más si hoy que está en moda hablar de bolchevismo resulta que los principales promotores de esta revolución anárquica son judíos?

Y se comprende que así sea y así obren, si en cuenta se tiene su doctrina reprobada ya por el mismo Jesucristo cuando recriminaba a los fariseos de su tiempo, padres de estos fanáticos de ahora.

No es pequeño el castigo que tienen los judíos con la reprobación del mismo Salvador cuando vivió entre ellos, ni es poca desgracia el no tener patria, ni posibilidad de formarla tan pronto, a pesar de los esfuerzos realizados con ese fin, y ser tan poderosos en oro, puesto que las mayores capitales del mundo en manos judías se encuentran.

Con todo su oro y todos sus recursos no llegarán a formar una nación ni tener una patria, ni siquiera en estos momentos en que unas naciones se forman y otras desaparecen. Y es que el castigo de Dios se cumplirá hasta

tanto que llegue la hora de la conversión final del pueblo deicida y su ingreso en la Iglesia católica, síntomas que todavía no se vislumbran.

No sigamos nosotros las huellas del pueblo deicida, que, no obstante ser el más favorecido por Dios, su ceguera e ingratitud le hizo reo de la reprobación divina y de la odiosidad humana.

T. GARCÍA.

CIRCULE...

«Os importa ahora, más que nunca, conocer las leyes de la nación.

Inspiradas muchas de ellas en sentido contrario a vuestras convicciones, pudiera fácilmente ocurrir, en determinadas ocasiones, que fuérais arrastrados a cosas a las que en manera alguna quisiérais llegar.

¿Conocéis, por ejemplo, el artículo cuarto de la ley de secularización de cementerios? ¿Sabíais que, contra vuestros propios sentimientos, vuestro cadáver puede ser enterrado en tierra no bendecida.

Leed, tomad nota y propagad:

«Art. 4.º—El enterramiento no tendrá carácter religioso alguno para los que hubieren cumplido la edad de veinte años, a no ser que hubieren dispuesto lo contrario de manera expresa».

Estáis, pues, en el deber de preveniros. ¿Cómo? Suscribiendo inmediatamente un documento que diga poco más o menos:

«Yo, Fulano de Tal, manifiesto de un modo expreso que quiero morir como buen católico; que a mi cadáver se dé sepultura en tierra sagrada, con todas las ceremonias, ritos y bendiciones de la Santa Madre Iglesia Católica; y que sobre mi sepultura, bendecida por un ministro del Señor, se coloque la santa Cruz».

Y firmad. Y, si queréis, que firmen con

vosotros dos testigos. Y, a ser posible, legalizad las firmas ante notario. Y, aún para mayor seguridad de que vuestra voluntad será respetada, redactad el documento por triplicado: uno para guardarlo en vuestra casa; otro, para enviarlo a la iglesia, a fin de que ésta pueda exigir el cumplimiento de vuestro deseo; y otro, para llevarlo siempre con vosotros, en previsión de una muerte repentina.

Desde luego, es esta una cláusula que debe iniciar el testamento de todo católico.

Tomad nota de todo ello y hacedlo hoy mismo.

Es vuestro deber. ¡Un deber inexcusable!

El castigo de un padre

Se discutía en Francia, en tiempo de Luis Felipe, la cuestión de la supresión de la enseñanza religiosa en las escuelas del Estado, y en el momento de la votación, un diputado dijo:

Antes de votar, os referiré un hecho del cual he sido testigo personal. Conocí a un padre de familia, rico y noble en su tiempo y que hoy vive sumido en la mayor desgracia. Educado en la escuela de Voltaire, no quiso que sus hijos recibieran enseñanza religiosa y tuvo el dolor de palpar las consecuencias de tan desatinada conducta.

El mayor de sus hijos, comprobada su participación en un crimen, subió al patíbulo en presencia de su padre; la segunda, pues era mujer, fué el ludibrio y la vergüenza de su familia, por sus públicas liviandades en la propia ciudad; y el tercero y último, convertido por sus vicios en un cadáver ambulante, viólo el padre, ya pobre viejo, entrar en su casa para maltratarle después de haberlo cubierto de los más groseros insultos. Volví después de algunos meses a ver al padre en un ma-

Folleton de RELIGION Y PATRIA (14)

La sabiduría difícil de alcanzar

tragedia del hijo que no estaba en sus manos remediar.

Por toda respuesta alzó hasta el viejo los ojos, donde brillaban las primeras lágrimas que el dolor de la vida arrancó.

Al otro día, mientras daba el último repaso antes de entrar en clase, Dora se le acercó.

—Ni orgulloso que estabas tú ayer dentro del bote.

—¿Quién, yo?—dijo Perú enrojeciendo.

—¡Tú...! Adiós, te dije, y ni contestar siquiera.

—Estudiando estaba y... y tan de prisa ibas, que ni tiempo no me dió.

—¡Mira que estudiar un domingo por la tarde, con lo hermosa que estaba y las ganas de divertirse que daban!

—¿Y qué *haser*...? Si el padre podría pagar libros y matrículas, ya me divertiría yo también; pero... es viejo, ni para comer casi se gana, y perdiendo matrícula, pues igual que si me *catearían*... ¡A remar me tendría que poner!

—exclamó apenado.—¡Con lo que me gusta el estudio! ¡Con las ilusiones que yo me *hasía*!

Las sinceras palabras, dichas con la firme tristeza del convencimiento profundo, labraron huella indeleble en el corazón de la chiquilla, que, horas más tarde, marchaba a su casa reflexionando. Nadie que la hubiera visto caminar con los libros bajo el brazo sospecharía que iba resolviendo un arduo problema de orgullo y de caridad.

Le dejaría pasar delante; tendría piedad y compasión de él... Le costaría lágrimas, sufriría la vergüenza de no contestar en clase para que el chiquillo alcanzase el puesto codiciado; pasaría por holgazana, por negligente, por abandonada...; pero sería buena, ya que acaso la bondad estaba por encima de la sabiduría.

—Si *podría* pagar matrículas como yo, nos veríamos las caras, iríamos de igual a igual; pero así no. Me recordarían la *consiensia* cada *ves* que le viese en el bote, remando, por culpa mía.

Un día le preguntaron la lección. Dora se levantó dispuesta a que el sacrificio se consumase. Su dolor y su sacrificio serían jubiloso triunfo para el hijo

del barquero. Pálida y temblorosa resistía las atónitas miradas de los muchachos, que parecían gritarle:

—¿No dijimos que caerías...? ¡Mira si caes!

Perú no respiraba siquiera. Su corazón latía violento y una luz de alegría coloreaba su rostro. ¡Por fin iba a vencer! ¡No sería barquero! Ya dijo él—cuando convaleciente se sentaba cerca de la ventana desde donde veía la fragua—que el triunfo era un gigante de hierro, recio y rebelde; pero con su entusiasmo, que era fuego; con su fe, que era constancia, y con su estudio, que era energía, domaría la fiereza del coloso.

—Seré nese, Dora; tranquilízese, que no hay motivo para inquietarse. La pregunta es fácil...

Silencio angustioso. Dora seguía muda como una esfinge.

—Siéntese—ordenó el profesor comprendiendo el heroísmo.

Dora se desplomó en el banco como la paloma sorprendida en el aire por la bala del cazador. ¡Hasta los brazos parecieron replegarse en actitud de alas inútiles ya para volar!

—Conteste el siguiente.

Perú se levantó pálido, balbuciente,

nicomio, donde, en los breves intervalos de lucidez se acusaba a sí mismo de haber asesinado a sus hijos y sus lamentos destrozaban el corazón.

Y ahora, señores diputados, si tenéis valor para hacerlo, votad la supresión de la enseñanza religiosa.

ANTES Y AHORA

Ahora como entonces decía el insigne Vázquez Mella: «Estamos presenciando un combate de apetitos, una batalla de concupiscencias, en que para subir al Poder, sirven de escala a la ambición y a la audacia, los altares, los sepulcros y los brazos del Crucifijo.

No pasa un día sin que palabras apóstatas escupan ira satánica sobre la frente del Redentor. No pasa una hora sin que plumas mojadas en hiel de impiedades se introduzcan en las llagas de Cristo y las desgarran. No pasa una semana sin que al golpe de libros y fo-

lletos infames se claven en las sienas del Hijo de Dios las espinas de su corona.

¿Y qué hacemos? ¿Iremos a las diversiones, a pasar alegremente la vida mientras Cristo crucificado de nuevo en el Poder por los partidos y los periódicos liberales, suda gotas de sangre sobre nuestras conciencias dormidas?...

Util y dulce

REMEDIOS CASEROS

¿Habéis visto cosa más inútil, al parecer, o más ocasionada a incendios que el hollín de las chimeneas? Pues el hollín es un remedio excelente para muchas cosas. Disuelto en vinagre fuerte cura los sabañones; en aceite hirviendo, dejándolo enfriar, calma los dolores del oído; mezclado con un poco de agua y alcohol o aguardiente, limpia la dentadura; aplicado alrededor de los árbo-

les, impide la subida de las hormigas y de otros bichos, y para muchas plantas sirve de excelente abono.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. D. L. F. R.—Mieres.—Pagó 1931.

Sr. D. M. A. A.—Madrid.—1932.

Sr. D. M. S. N.—S. J. de Nieva.—Febrero 1932.

Del Colegio del S. Corazón, en esta villa, hemos recibido 15 pesetas para nuestra propaganda. ¡Dios premie a su celosísima Directora este recuerdo que todos los años nos hace.

Sr. D. M. G. R.—Oviedo.—Recibido su G. P. y muy agradecidos, pidiendo a Dios por la salud de tan buen amigo.

L. Herdz.—Madrid.—Recibido G. P.

De un popular comerciante de esta plaza hemos recibido 5 pesetas para nuestra propaganda.

Imprenta «La Reconquista» :: Gijón

RELOJERIA Y PLATERIA

DE

Melchor Osorio

Treinta y un años de éxito creciente, es suficiente garantía de la competencia con que se realizan cuantos trabajos se le confíen :- Venta de todos los artículos del ramo, sin competencia. :- Compra de oro, platino y brillantes; pago todo su valor.

Pí y Margall, 13 -:- GIJON

Estatuaria Religiosa

Rosarios

Estampería

Libros de devoción

Librería Palacios

Corrida, 13 Gijón

OBRAS TEATRALES

(De propaganda social)

El Anarquista.....	1	peseta.
Mitin socialista.....	1	>
Jauja.....	1	>
El Señorito.....	1	>
El Requeté.....	1	>

Certificado, 0,30 de pta. más. Los pedidos a esta Administración.

Colecciones de RELIGION Y PATRIA años 1928-29-30 y 31, a 4 ptas. cada año

Ferretería Gregorio Alonso (S. A.)-Gijón

Detalle: San Bernardo, 59 y 61
Almacenes: Premio Real y Molino

Telegramas y telefonemas:
GALONSO

Teléfono Detall: 200
Teléfono Almacén: 383

Almacenes de Ferretería, Quincalla, Loza y Cristalería: Artículos sanitarios :: Herramientas para Ferrocarriles y Minas

Doctor EMILIO VILLA : ESPECIALISTA — Electricidad médica : Enfermedades del Pulmón y Corazón :

Consulta: de 11 a 1 :: San Bernardo, 143 :: Teléfono, 797 :: GIJON

SIDRA CHAMPAGNE

“ZARRACINA”

Se sirve en todos los establecimientos y hoteles de primer orden, y en los Coches y Restaurants de la Compañía Internacional de Coches-Camas

INDUSTRIAL ZARRACINA (S. A.) — GIJON

Luis Infiesta y Castro

(Antes Acebal, Rato y Comp.ª)

Barrio del Tejedor :: Teléfono 13—28

— GIJON —

Cocinas sistema BILBAO y de todas clases para carbón y para leña.

Piezas de recambio para las mismas Artículos de hierro fundido, como bajadas de agua, lucernas, columnas, bancos de jardín y cuantos encargos se hagan

Rápida entrega de los pedidos

“La Fama Asturiana”

Se recomienda por sí sólo el chocolate de esta marca.

Pídase en las tiendas de ultramarinos.

LUIS BASURTO QUÍMICO

Fábrica de Acido Fluorhídrico
Fluoruro de Sodio

Pasta para esmerilar, rápida

Espato-Flour, en piedra y molido

LABORATORIO de análisis minerales e industriales

Príncipe, 16—Apartado 174 :: GIJÓN

TALLERES MECÁNICOS DE CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE MAQUINARIA DE

Saez, Pérez y Montero

Barrio del Tejedor :: Teléf.1354 :: Gijón

Maquinaria para Chocolaterías y Panaderías.

Fundición de bronce y hierro.

Reparaciones de buques y maquinaria en general.

Prensas y mayadoras para manzana.

FUNERARIA DE

HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 :: GIJON :: Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud :: Esmero :: Economía

Francisco Prendes Pando

ABOGADO

SOMIÓ :: GIJON

TOS



ULTRAMARINOS FINOS

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Capua, 31

GIJON

C. Teléfono 312

Doctor Calisto de Rato y Roces

Especialista en enfermedades del sistema nervioso

Cincuenta y cuatro años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde
Corri 63 — Teléf. 490. GIJON